

Como polillas alrededor de un foco. De la verdad al goce¹

GABRIELA RODRÍGUEZ

“Pero para hacerte entender, para darte mi vida, debo contarte una historia –y hay tantas y tantas– y ninguna de ellas es verdad”.

Este epígrafe, que surge de la voz narrativa de Bernard uno de los personajes de *Las olas* (2007), la novela más singular de Virginia Woolf, presenta una disyunción entre vida y verdad de la historia, que podría leerse bajo la clave propuesta por esta 1ª Jornada Anual de la EOL Sección La Plata: “De la verdad al goce”, –siendo la verdad atributo o no de una historia y el goce lo que hace a la vida–. La historia dicha en plural, nos anticipa la idea que la Virginia Woolf escritora de biografías se hacía de la historia, la que aparece como un medio ineludible, y hasta forzoso, para que la vida encuentre un lugar en el lenguaje, se vuelva comunicable, incluso objeto de don. A una tal trasposición se había entregado Virginia Woolf en su empresa de escritura, sin dejar de testimoniar, que en esa puesta de la vida en la historia algo de la verdad se eclipsa.

¹ Este trabajo fue presentado en la I Jornada de la EOL Sección La Plata: “De la verdad al goce: Reformulaciones de la práctica”, el 25 de octubre 2014.

El efecto de desrealización propio del eclipsamiento de la verdad, toda vez que la historia se vuelve plural, es la experiencia que cada uno hace como analizante; zigzagueando como polilla alrededor de un foco, una metáfora extraña del universo Woolf, el analizante produce historias, sin llegar a quemarse. Esta evidencia se ha convertido en las delicias de la operación narratológica, inspirada en algunas inflexiones de la enseñanza del propio Jacques Lacan, la que no ve sino historias y más historias para contar, sin que ninguna pueda tomar un valor real, un real que, estragado por el ir y venir de las olas narrativas, se ha vuelto elemento anacrónico. Lacan, contemporáneo de ese movimiento, ubica lo real como su respuesta sintomática al descubrimiento verdadero del inconsciente, esa peste que arroja al mundo Sigmund Freud (Lacan, 2006: 130). Considerar este emplazamiento, que conecta lo real con aquella elucubración freudiana verdadera, no desconoce que el empuje a la *hystorización* traspone los espejismos de la verdad a condición de acertar con la satisfacción, volatilizándolo el ideal de la restitución de la historia que marca la elucubración lacaniana inicial (Miller, 2011: 224). ¿Puede la verdad de una historia decir lo real del goce?

Precisamente el problema lacaniano (Miller, 2011: 219) recogido por Jacques-Alain Miller en el tramo final de *Sutilezas analíticas*, el de la relación de la verdad con el goce, es el tormento heredado por quienes leemos a Lacan. En este sentido el modo de relación entre estos términos propuesto por la Jornada, acentúa una dirección, que no se detiene con el eclipse de la verdad avivado por la profusión de la historia y se aventura en volverla a encontrar aunque modesta, menguada como verdad mentirosa. Si la verdad no puede entrar en lo real más que al precio de volverse un poco embustera, no habrá más ficción para el goce que la de la historia que satisface.

Los efectos en la literatura de la invención freudiana (Miller, 2011: 111), la ponen a Virginia Woolf junto a James Joyce, si se considera la inquietud modernista de dotar de forma literaria lo que emerge en lo mental como un puro fluir amorfo. En *Las olas* particularmente, se lee la disyunción entre la verdad y el goce, en el cansancio de la historia, en el fracaso del abrigo de las palabras que ya no aciertan a decir el ser. Como polillas alrededor de un foco, los seis personajes que son las voces de este fluir amorfo, aletean al calor de la verdad empeñados en decirse. El ir y venir de las olas, ese otro ritmo de fondo, sempiterno, se convierte en la constante que jalona la narración, el zigzagueo de los personajes, con la entrada de unos momentos líricos. Escritos en otra letra, esos momentos líricos indican una otra materialidad incesante que los trabaja, los esmerila, el océano del tiempo, o por qué no, las olas del goce. Mientras el flujo de conciencia, el *stream of consciousness* profuso y variopinto, ese que pone en escena la historia, permanece indiferente. Uno y Otro se replican sin llegar a aprehenderse, la verdad cambiante de la historia, se dice a espaldas del goce a su modo invariable.

Pero el libro hinchado con frases de la historia finalmente cae:

Ha caído al suelo mi libro, relleno de frases. Yace bajo la mesa, para que lo barra la señora de la limpieza cuando llegue cansadamente al amanecer buscando papeles rotos, billetes del tranvía usados, y aquí y allá una anotación hecha una pelota y dejada con la basura para que la barran. (Woolf, 2007: 368).

El elemento insumiso, inhistorizable que rompe con “la ilusión biográfica”, es el trozo de real que ahora reclama un *little language*, según la feliz expresión de Virginia Woolf que nos

recuerda a *lalengua* de Lacan. “Necesito un lenguaje elemental como el de los amantes, palabras sencillas como las que usan los niños cuando entran en una habitación...” (Woolf, 2007: 369) declara Bernard. El mismo Bernard, que hubiera sido presentado de entrada en la narración como el buen “hacedor de frases”², que recogía con fruición en el cuaderno de notas que finalmente dejara caer; nos hace saber que ha “terminado con las frases”, el ruido resonante de la ola que ha sonado durante toda su vida lo despertó.

En el monologo final, Bernard arroja fuera de si el velo del ser, cuando renuncia a contar el final de la historia y es alcanzado por la ola: “...la ola me ha cogido, me ha volteado, ha desperdigado mis posesiones, ha dejado que me recobre, que me reúna, me amontone...” (Woolf, 2007: 367). “¿Debería ser esta la conclusión de una historia?, ¿una suerte de suspiro?, ¿un último temblor de la ola? (Woolf, 2007: 347)”.

Bibliográficas

Lacan, J. (2006). *El Seminario, Libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J.-A. (2011). *Sutilezas analíticas*. Buenos Aires: Paidós.

Woolf, V. (2007). *Las olas*. Cátedra.

² Woolf, V. (2007). *Las olas*. Cátedra. Ver: “Debo hacer frases y más frases y así interponer algo duro entre mi y la mirada...” (p. 161). O también: “a mí, que hago frases con tanta facilidad” (p. 258).